

Comida, sexo, NASA, familia y más

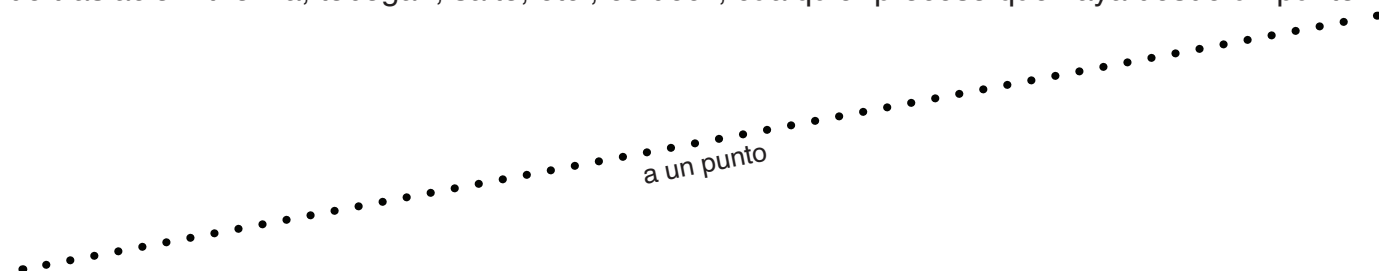
Javier láñez Picazo

«Desde que en 2012 se confirmó la existencia del bosón de Higgs, se sabe que el *vacío* no es la *nada*»

Teoría general de la basura (cultura, apropiación, complejidad)

Agustín Fernández Mallo

Podríamos condensar la obra de Raúl Hilario (Córdoba, 1997) en dos conceptos que se encierran en el tamaño de una partícula elemental: la *física* y el *vacío*. El artista se encarga de aprovechar la física cotidiana para experimentar con ella, desafiarla y, por encima de todo, pasarla bien. Las obras de Raúl Hilario no son piezas terminadas, son testigos de un proceso entero donde el artista ha querido enfrentarse al espacio, el tiempo, la gravedad, el equilibrio y la percepción visual de la fenomenología física. Es imposible (y erróneo) abarcar su obra entendiendo cada pieza como una entidad individual; es necesario experimentarla como todo un espacio intervenido, un conjunto de fenómenos que se manifiestan a través de residuos elegantemente camuflados de objetos industriales impolutos. Por lo tanto, su obra nunca es cerrada y siempre está sujeta a transformaciones continuas, ya sea por la propia acción del artista, del espectador o de la lógica física. Su proceso puede llegar a hacerse interminable, tan tedioso como admirable (cada vez que lo veo trabajar, sufro por el incansable proceso de *ensayo y error*). Su interés principal descansa en el equilibrio —ya sea formal, conceptual o cromáticamente hablando—, en el punto intermedio de cualquier proceso de traslación: tirolina, tobogán, salto, etc., es decir, cualquier proceso que vaya desde un punto **A**



B, recreándose en todo lo que ocurre entre ambos extremos. Este recorrido es fundamental en su producción tanto para él, a la hora de realizar sus espacios, como para el espectador, a la hora de moverse por ellos, descubriendo la omnipresencia del elemento temporal-espacial.

Pero es el tema del *vacío* lo que realmente me interesa de la obra de Raúl Hilario, porque sus residuos industriales están repletos de tensiones, atractivas e insoportables, pero sus envasados al vacío están llenos de contradicciones. Sus objetos vienen a recordarnos que «el *vacío* no es la *nada*», y no es tarea fácil enfrentarse a tal paradójica verdad y ofrecer un carácter abierto que soporte tantas lecturas: los envasados al vacío nos hablan de la industria agroalimentaria, del desarrollo tecnológico espacial civil, de los lazos interpersonales familiares, de nuestras relaciones afectivo-sexuales, de lo que comen los astronautas, del triunfo del hieratismo y mucho más. Todas estas aporías sobre el vacío tienen su origen en la comida envasada que Raúl recibe de su familia, que realizan un envío ocasional después de su tradicional matanza. Un claro ejemplo de esta dicotomía entre *lo vacío* y *lo lleno* se materializa en las bolsas envasadas al vacío que contienen pelotas de plástico rellenas de aire; así, Raúl consigue envasar el aire al vacío. Sus objetos se encuentran en una cárcel de aire (o mejor dicho, cárcel *sin* aire) donde el oxígeno desaparece, pero no asfixia el contenido: lo suspende en el tiempo, lo fija en el espacio y lo anula pero sin eliminarlo. No resulta un acto cruel, ni banal, y su aparente frialdad puede desembocar en cierto exhibicionismo que es en realidad falso: si las vitrinas se encargan de sacralizar el objeto, el envasado al vacío lo *mundaniza*. Nos recuerda nuestra ridícula condición, la circunstancia de suspensión en el vacío que desemboca en el despojamiento del objeto de todo su carácter funcional, reduciendo de nuevo el elemento a residuo camuflado de elegante diseño industrial. La verdad es que sin aire, no somos *nada*.

